

suerte que no representaban dogmas generales é incontrovertibles, ni siquiera la verdadera opinion íntima de los representantes de la Iglesia francesa que las votaron; pero oficialmente fueron el código del clero galicano, base y regla perpetua de las relaciones de la monarquía francesa con la Santa Sede. El rey, sobre todo, se puso contentísimo, y al día siguiente de ser votadas, el 20 de marzo de 1682, ordenó que todos los doctores eclesiásticos las firmaran, que se enseñaran en todos los establecimientos eclesiásticos de educacion y que fuesen formalmente reconocidas y aceptadas por todo el clero de Francia. Con esto quedó declarada la guerra entre la Iglesia francesa y el papado, porque este jamás podía aceptar las cuatro proposiciones sin renunciar á un pasado de diez siglos. Inocencio XI había considerado ya la carta del 3 de febrero, como una cobarde traicion hecha por el episcopado francés á los fueros de la Iglesia. y en su contestacion anuló la resolución que aquella contenía, formulando al propio tiempo la esperanza de «que despues de considerar mejor el asunto, salvarian los obispos su conciencia y el buen nombre del clero francés con una pronta retractacion.» El rey, sin embargo, temiendo que el lenguaje decidido del Sumo Pontífice produjera una reaccion en los obispos, procuró prevenir sus consecuencias suspendiendo y luego disolviendo la asamblea del clero el 9 de mayo de 1682, día en que se esperaba la llegada de la contestacion de Su Santidad.

Hay que convenir en que el rey procedió con acierto y extraordinaria destreza; desde el principio se ganó la voluntad del clero francés con una concesion importante, y despues unió estrechamente los intereses del clero con los de la corona por la votacion de las cuatro proposiciones, que al fin y al cabo no eran mas que las acordadas de antemano en su gabinete. Por último, despues que la asamblea hubo cumplido con su obligacion la disolvió, antes de que pudiesen manifestarse las vacilaciones que la respuesta del Papa estaba destinada indudablemente á provocar. Luis XIV pretendía ser un soberano entera y rigurosamente adicto á la Iglesia, pero su catolicismo era por el estilo del de Carlos V de Felipe II de España que bajo la capa de poderosos protectores de la Iglesia, la consideraban como su instrumento político mas importante. Los soberanos mas devotos de los siglos XVI y XVII no pensaban ni mucho menos en subordinar el poder civil al de la Iglesia, segun se pretende hoy hacer pasar por axioma indisputable de todo buen católico.

Por su parte Roma estaba muy léjos de acceder á las pretensiones del monarca francés y de su clero. Inocencio XI se mostró decidido á no dejarse intimidar como Alejandro VII con el irresistible aparato de fuerza material de Luis XIV. Decía que no pensaba en hacer alianzas ni buscar apoyos extraños para sostenerse en Roma á la fuerza, pero que se serviría de las armas espirituales para defender lo que le pertenecía. Sin embargo en esta lucha no quedó aislado, porque no solamente muchos cardenales y teólogos de la corte de Francia tomaron su partido como era presumible y lógico, sino que lo tomó tambien toda la cristiandad católica. Las facultades de las universidades católicas fuera de Francia, y prelados eminentes españoles y húngaros desecharon y condenaron con las expresiones mas duras las cuatro proposiciones. Hasta en el mismo clero bajo francés, que siempre prefería el poder distante de la curia romana al inmediato del obispo de su diócesis á quien tenía continuamente á la vista, hubo muchos que en escritos clandestinos atacaron á la asamblea de 1682 y condenaron su obra.

Al fin decidióse el Papa á no proceder con demasiada violencia y valerse de medios mas moderados que á su juicio le conducirían á su objeto con mas seguridad. Negó la insti-

tucion canónica á los individuos del clero bajo á quienes el rey había nombrado obispos, y que habían tomado parte en aquella asamblea, diciendo que se habían incapacitado para la mitra con su soberbio intento de querer sobreponerse á la silla de San Pedro, sin ser llamados á ello, con doctrinas de fe y otras resoluciones.

Fué este un golpe sensible para Luis XIV, pero supo encontrar un remedio que le propuso Bossuet y que consistió en hacer elegir como vicarios generales por los respectivos cabildos á los individuos ascendidos á obispos por el gobierno y á quienes el Papa no quería confirmar, con cuya estratagemá gozaron de casi todas las atribuciones espirituales de la mitra, mientras el monarca les cedía las temporales, que le pertenecían durante las vacantes. En pocos años se aumentó considerablemente el número de estas diócesis anómalas; pero el rey siguió impertérrito en su propósito, desafiando al mundo entero en materias eclesiásticas como le había desafiado en las civiles y presentando á la Francia como un solo cuerpo, como una colectividad unida, en la cual no había mas voluntad que la suya, y que no se movía sino para realizar sus planes. Así como pretendía dirigir en la política los destinos del mundo y fijar la forma y poder de los Estados, del mismo modo tenía la pretension de decidir en última instancia las cuestiones mas importantes de la política eclesiástica, apoyado en su propio clero, dependiente de su voluntad.

En ambos campos encontró resistencia, y adversarios que no tenían inclinacion ninguna á someterse sin resistencia: la cuestion era quién vencería al fin.

No faltaron entonces observadores que llamaron la atencion del mundo católico sobre la circunstancia de que el gobierno francés tenía ya desde muy antiguo la costumbre de excitar y apoyar á su clero contra Roma, cuando él mismo estaba reñido con los Papas, y cuando por el contrario estaba en relaciones amistosas con ellos, oprimía al clero y abandonaba á su suerte las famosas libertades de la Iglesia galicana. Es decir, que el gobierno francés siempre había seguido la política de excitar una contra otra estas dos fuerzas, el Papa y el clero, que unidas podían llegar pronto á hacerse peligrosísimas, mientras que separadas podía la corona sacar ventaja de ambas. En las épocas pasadas había dado excelentes resultados esta política, y Colbert la había defendido con gran empeño en el consejo del rey. No sería, pues, nada extraño que Luis XIV en las circunstancias citadas la tuviera presente, pues que nunca seguía principios fijos, sino que los cambiaba segun las ventajas que ofrecían por el momento, ya á él personalmente, ya á la monarquía. En esto está todo el secreto, el principio y el fin de todas sus acciones.

CAPITULO IV

EL PUEBLO Y EL GOBIERNO EN EL PERIODO MAS FLORECIENTE DEL REINADO DE LUIS XIV

Habría sido imposible el aumento extraordinario del poderío francés en el siglo XVII sin el desarrollo general y el impulso que simultáneamente recibieron la riqueza y la poblacion de este reino. Los extranjeros que visitaron la Francia al principio del reinado de Luis XIV, quedaron tan deslumbrados y subyugados, que no supieron ver los defectos y sombras que desfiguraban tan sorprendente cuadro. Todos se hacían lenguas para ensalzar la situacion geográfica incomparable de este país, entre los dos mares mas importantes de Europa; la abundancia de frutos de toda especie que producía su suelo; el gran número y perfeccion de sus vias de comunicacion; el caudal de todos sus rios grandes y

pequeños; la extension é industria de sus innumerables ciudades; la belleza, ya risueña, ya imponente y grandiosa, de sus paisajes; la benignidad y salubridad del clima, y habilidad industrial de los habitantes, sus modales amables y corteses. la ninguna rudeza ni brutalidad, su bizarría, religiosidad y espíritu de empresa. Poderosa la Francia y temida en el exterior, era en el interior amable y hábil en todas las industrias y artes de la paz; y mientras consumía poco ó nada del extranjero, eran solicitados con afán sus productos en todos los demás países de Europa por su excelente calidad, fabricacion y gusto; con lo cual afluyeron allí millones sobre millones aumentando el capital del país. La agricultura producía cereales suficientes para alimentar la poblacion, excelentes vinos, aceite finísimo, legumbres sabrosísimas y grandísimas cantidades de seda. En ningun país se construían tantos y tan magníficos edificios, ni florecían tanto la pintura, la literatura y la poesia como en Francia (1). Al concluir las guerras civiles contaba este país poco mas de 10 millones de habitantes; á la muerte de Enrique IV 13 y en el año 1676 se calculaba ya la poblacion en 18 millones.

Paris, á pesar de no ser sitio favorito del rey para su corte, y á pesar de que Luis evitaba residir en esta ciudad cuanto podía, era el centro de aquel dilatado y hermoso país que hasta los enemigos reconocían sin dificultad por el mas poderoso y favorecido de la naturaleza entre todos los de la cristiandad. ¡Y qué bien situada, decían, está! Un correo que montaba á caballo en la capital podía en tres días con sus noches llegar al punto mas distante y apartado del reino. Calculábase entonces ya en medio millon de almas la multitud de vecinos y forasteros que habitaban en la capital y se codeaban en sus calles oscuras y angostas; y con admiracion y sorpresa se oía que de esta poblacion se sacaban muchos miles diarios de escudos de oro para el tesoro real, porque entonces era Paris tambien como hoy el centro industrial y mercantil del dilatado reino. Admirábase no tanto el genio inventivo de los parisienses como su pasmosa habilidad para imitar y perfeccionar las invenciones de otros. Los géneros de seda y los paños elaborados en Paris eran superiores á los análogos ingleses; los bordados y recamados de oro y plata ganaban á los lombardos; y los artículos de vidrio y cristal á los de Venecia. Ante todo era Paris la capital de las industrias de lujo, y el mismo gobierno mantenía allí por su cuenta dos establecimientos industriales, cuyos productos eran considerados en todo el mundo como los mas perfectos en su clase; á saber: la fábrica de los Gobelinos y la llamada Jabonería que había sido trasformada en una fábrica de muebles artísticos. Todo esto era obra de Colbert que procuraba compensar á la capital por otros medios de lo que perdía con la ausencia de la corte y la aversion del rey. Conforme ya tuvimos ocasion de observar, Colbert levantó en Paris grandes obras arquitectónicas, aumentó el Louvre y las Tullerías, formó la plaza de Vendome, construyó un Observatorio y puede decirse que la actividad febril que en nuestros días desplegó el segundo imperio para hermohear y modernizar la capital de Francia, tuvo ya su precursor en Colbert que con su genio práctico, lógico y nada romántico, sin simpatías por las bellezas y extravagancias aun de las obras mas maravillosas de la Edad Media, hizo trabajar sin misericordia el azadon y la pala. Entonces torres y torrecillas, bóvedas, portales, pasadizos, cuerpos salientes, en fin, todas las creaciones del estilo gótico con su irregularidad pintoresca, su angostura y lobreguez desaparecieron para dar lugar á nuevas calles rectas, largas y para aquella época, anchas,

(1) A excepcion de la España en lo relativo á la pintura y á la bella literatura. (N. del T.).

aunque la tal anchura nos parezca hoy estrechez. De este modo el aire y la luz tuvieron acceso al interior y quedaron despejados el Louvre, las Tullerías, la Plaza Real, etc. Fundó para recreo y solaz de los parisienses el jardin Botánico y el de las Tullerías, y para mejorar las condiciones sanitarias llevó en acueductos agua potable y pura á la ciudad, construyó alcantarillas y conductos de aguas sucias que llevaban las inmundicias fuera de Paris, y estableció fuentes públicas que limpiaban y refrescaban el ambiente al mismo tiempo que recreaban la vista. A orillas del Sena se fabricaron magníficos muelles con muchos desembarcaderos, puertos y puentes, facilitando el tráfico y contribuyendo no poco al embellecimiento de la poblacion. De noche alumbraban 5,000 faroles las calles y plazas ahuyentando á los malhechores. El cambio mas importante, sin embargo, para Paris fué la trasformacion de sus murallas y baluartes en vias, calles y alamedas grandiosas, incomparables por su bello efecto y suntuosidad, y que aun hoy conservan el nombre de lo que fueron «baluartes» ó en francés *boulevards*. Con esta mejora logró el gobierno dos cosas. La una fué la desaparicion de las obras de fortificacion, desde las cuales los parisienses habían desafiado á sus reyes tantas veces y últimamente en la Fronda, mientras la seguridad de la capital quedaba al abrigo de toda sorpresa con el triple cinturón de 130 plazas fuertes que protegían las fronteras del reino, y además el monarca encontraba su capital á todas horas abierta. La otra ventaja que logró Paris fué la creacion de las calles mas hermosas del mundo, vias de comunicacion magníficas y un adorno incomparable, bien que esta segunda parte no pasaba de ser una ventaja accidental aunque grandísima, porque el motivo de la trasformacion fué el desarme de la ciudad, ya que el gobierno no cesaba de temer el genio revoltoso de los parisienses. «Aquí á Paris, dijo Colbert á su hijo, convergen todos los asuntos grandes del reino; aquí se deciden; las dificultades todas con que lucha el gobierno, tienen aquí su foco en las grandes corporaciones que aquí residen. En cumpliéndose aquí la voluntad del rey se cumple en toda la Francia.» Estas palabras demuestran que la significacion política de Paris no data solamente de la gran revolucion. No satisfizo sin embargo al gobierno, siempre suspicaz, el derribo de los baluartes. El rápido crecimiento de la capital fué causa de nuevos temores. «¿Será posible, se decía, vigilar y sostener el órden en este océano de casas, y entre tanta multitud de gente?» En su consecuencia quiso ponerse un dique al incesante ensanche con una ley que prohibía construir casas mas allá de los arrabales.

Todo este bello y halagüeño cuadro que presentaba la Francia á los ojos del extranjero y del natural del país adquirió poco á poco otro aspecto menos risueño por efecto de las insoportables cargas que imponían al país las constantes guerras de Luis XIV, el sistema fiscal inflexible y la postergacion sistemática de la agricultura de parte de Colbert. Ya en el año 1678 el embajador de Venecia advierte en uno de sus informes oficiales, que no debe juzgarse todo el país por la capital, adonde acuden y se reúnen los hombres mas opulentos y mas hábiles; en las provincias se veía la nobleza reducida á la miseria por los excesivos despilfarros á que la obligaba el régimen dominante, y el pueblo gemía abrumado bajo el peso de innumerables contribuciones y gabelas. Sin interrupcion se fueron introduciendo nuevos tributos y arbitrios para las exigencias de la guerra, siempre bajo el carácter de transitorios, pero en realidad subsistiendo aun en épocas de paz. Cuando la publicacion de la paz de Nimega, dióse el gobierno aires de magnánimo perdonando seis millones de contribucion atrasada; pero estos seis millones correspondían á los cupos que los cobradores habían señalado como incobra-

bles. El lujo militar sin ejemplo que desplegaba la Francia, y que aterrorizaba y tenía en jaque á toda la Europa, ofrecía también sus inconvenientes para el país, porque por elevadas que fuesen las contribuciones no bastaban para mantener un ejército tan numeroso, y una buena parte de los gastos cargaba sobre el pobre pueblo, que había de dar alojamiento gratuito á las tropas que pasaban por la localidad, mientras estaban exentas de esta carga las clases privilegiadas. Tan insoportable era este gravamen oneroso, que en las provincias fronterizas donde era más pesado hubo señoríos de 700 á 800 hogares que al cabo de cierto tiempo quedaron reducidos á cosa de 30 por la desercion y emigracion de las familias, según se ve por documentos fidedignos. El célebre filósofo inglés Locke escribió en 1678 durante su viaje por la Francia meridional lo que sigue: «El comerciante y el jornalero dan la mitad de lo que ganan al cobrador de contribuciones. Un pobre librero de Niort que jamás prueba la carne, da alojamiento y mantiene dos soldados que tienen derecho á tres platos de carne diarios. Las propiedades rurales no pertenecientes á nobles y de consiguiente obligadas á pagar las contribuciones que gravan el territorio, no tienen ya ningun valor en venta, y en pocos años han bajado los precios de arrendamiento á la mitad de lo que eran antes.» En el invierno, extraordinariamente frio, del año 1684 sucumbieron muchos miles de infelices por falta de alimento, de ropa y de combustible, y en las mismas calles de Paris se encontraban cada mañana hombres, mujeres y niños helados. Los cortesanos relucientes de bordados y joyas de oro tenían que pasar en sus suntuosas carrozas al lado de estos cadáveres cuando iban á las fiestas de la corte. Estas son las sombras del cuadro del famoso gobierno de Luis XIV.

En la poblacion rural crecían sin cesar el hambre, la miseria y por consiguiente la mortalidad; el suelo fértil de la Francia tan bendecido era impotente para alimentar á sus hijos, á los cuales se exprimía hasta la última gota de sangre para aumentar el brillo y el poder de un solo individuo, el rey, que por supuesto lo mismo que sus ministros tan serviles como codiciosos, ignoraba lo que significaba: tener lástima, compasion y simpatía para con la «villana canalla.» De sus cortesanos es excusado hablar.

Muchos creían que el rey tenía por sistema empobrecer á la mayor parte de sus súbditos á fin de que todo el dinero del país se reuniera en sus arcas y nadie tuviera la independencia que da la riqueza, sino solo el jefe del Estado, porque así todos estarían reducidos á esperar su salvacion exclusivamente de él y de su servicio. Respecto de la nobleza, es indudable que el rey seguía efectivamente este plan, porque forzosamente había de arruinarse con los gastos á que la obligaba, al mismo tiempo que los castigos durísimos á que estaban siempre expuestos sus miembros y las recompensas y socorros que les concedía el rey según su capricho mataron en ellos todo sentimiento de independencia. Las familias más distinguidas se precipitaban á ojos cerrados en la esclavitud; al recibir un mensaje del rey entregado á veces por un empleado inferior, marchaban obedientes á la guerra, al destierro ó á la miseria. El valor impetuoso y turbulento de los nobles, que tan peligroso había sido en infinitas ocasiones para el trono, servía á la sazón para reverenciarle, y alcanzarle gloria en innumerables campos de batalla. Cierta que los nobles sentían en su alma la opresion que sufrían y lo humillante de su situacion, y en la intimidad desahogaban sus corazones y se lamentaban de servir ellos mismos de arma para su propia esclavitud; cierto que deseaban una derrota á la causa que se veían obligados á defender, á fin de que menguara la *dicha* que creaba el gobierno y que les asfixiaba á ellos; pero ninguno se atrevía á librarse de la esclavitud, y

hasta se sentían postergados y ofendidos cuando el rey no los distinguía con sus órdenes, comisiones y exigencia de servicios. Esto de vivir en su palacio de provincia, en sus haciendas, mientras otros brillaban en la administracion, ó en la corte ó en el ejército, parecía á todos afrentoso. Para formar idea del descontento y de la oposicion secreta de la nobleza francesa en aquel reinado, basta hojear los famosos apuntes del duque de Saint-Simon; pero las quejas enmudecieron delante del procedimiento de division y rivalidad entre los diversos elementos, procedimiento que Luis XIV había aprendido de los dos grandes cardenales, Richelieu y Mazarino, como el mejor medio de fortalecer y sostener el despotismo del trono. No existiendo en el país más centro de vida y accion que el trono, la satisfaccion de los deseos y de las ambiciones dependía exclusivamente del capricho ó del bueno ó mal humor del monarca; de suerte que ni una revolucion ni una avenencia entre la clase noble ni entre elemento alguno eran posibles en tales circunstancias. Los príncipes de sangre real no tenían poder ni influencia ninguna; los otros magnates estaban alejados de todo empleo superior; la administracion provincial y municipal había perdido toda su independencia de accion, y los partidos religiosos habían tenido que ceder al catolicismo como única religion del Estado y única salvadora: ¿dónde quedaba pues una base para organizar una oposicion, ni mucho menos la resistencia? Antes se ponía el noble pobre al servicio y bajo la proteccion del grande, que si tenía el gobierno de una provincia le confiaba un pingüe empleo, ó un mando en sus tropas si era comandante general, contratista ú organizador de un cuerpo armado; le protegía contra todos sus adversarios y, si menester era, contra el rey mismo; pero toda esta organizacion había desaparecido, y todo dependía directamente del monarca que distribuía los ascensos, los honores, el poder y la riqueza; de modo que desaparecieron también las conspiraciones de la nobleza en las provincias por faltarles toda base y punto de apoyo. También quedó anulado el influjo de los grandes en las provincias donde antes residían; ni siquiera existía ya aquella vida de los castillos, que antes representaban otras tantas cortes más ó menos pujantes ó fastuosas, porque todos los grandes se veían atraídos á la corte, en la cual todo noble desde el más ínfimo hasta el más encumbrado tenía obligacion de servir al rey Sol ante cuyos resplandores se derretía y desaparecía su individualidad. En la corte no había más remedio que mostrar obediencia ciega, y adaptarse á todos los gustos y caprichos del monarca y sus ministros ó perderse para siempre. Por otra parte sabía también Luis XIV excitar y halagar la ambicion individual, distinguiendo con frecuencia á uno ú otro con la orden militar de San Luis; y para una como distincion, extraordinaria la más elevada y que solo se concedía á individuos de la nobleza antigua, renovó el rey la orden de los Caballeros del Espíritu Santo. Poder ostentar la cinta ó cordon azul, distintivo de esta orden, era el colmo de todos los deseos de aquellos aristócratas, cuyos antepasados habían concentrado su supremo orgullo en conservar su poder independiente á pesar de los reyes. Bien considerado no había otra solucion para la brutal, insolente y discolorada nobleza que ser esclava del trono.

Las sumas que Luis gastó en mero aparato y en ceremonias, en edificios colosales y suntuosísimos podrían justificarse con las exigencias, ya de su sistema de gobierno, para él el mejor, ya de su afán de hacer su nombre y fama perdurables, ya del fomento de las artes; pero ninguna excusa se encuentra para justificar las sumas increíbles que derrochaba en fiestas fugaces y vanas, con el único objeto de hacer aparecer su persona en medio de un brillo nunca visto, en una

especie de verdadera apoteosis, cuando sus súbditos no encontraban medio de pagar las contribuciones, y cuando las guerras provocadas por él mismo devoraban todos los recursos sin que jamás hubiera bastante para cubrir los gastos. En una de estas justas que los franceses llaman *carroussel*, especie de torneo (1) que Luis dispuso para entretenimiento de la corte y mayor gloria suya en el año 1662 delante de las Tullerías, deslumbraba la vista la riqueza de los trajes; los premios consistieron en grandes diamantes, y para conmemorar la fiesta hizo Luis construir el arco triunfal que todavía existe, y en el cual se hizo llamar «gloria de los reyes, delicia del género humano, predilecto de sus súbditos, y maravilla del mundo.» En 1664 dió otra fiesta llamada «Las delicias de la isla encantada,» fiesta que duró ocho días y costó muchos cientos de miles; en 1665 costaron las fiestas de la corte dos millones de pesetas.

Contra estas dilapidaciones locas fueron vanas todas las reflexiones y súplicas apremiantes que hizo Colbert al rey. En no interrumpida serie se sucedían banquetes, bailes de pantomima, representaciones de teatro, y fiestas campestres, en una de las cuales ardieron 24,000 luces en los jardines, y 150 arañas solo en un salon. Las damas de la corte recibieron á menudo del rey grandísimas sumas para poder presentarse en estas fiestas con todo el lujo debido á su jerarquía. En los bailes y sobre todo en los de máscaras apurábase cuanto podía imaginarse en lujo, joyas y ostentacion: una lotería dispuso el rey que le costó 15,000 escudos de oro, ó sea 1 millón de pesetas; y hasta en los días en que no había fiesta se presentaba el rey rodeado de tanto lujo «que se creían ver reunidos en él todos los tesoros de la India.» Cuando se sentaba en el trono para recibir embajadores extranjeros, llevaba un traje de un valor incalculable, estimándose solo los diamantes que lo adornaban en más de 16 millones de libras. En su mesa, en las libreas de la servidumbre, en las plantas exóticas que adornaban las estancias, en todo, se veía un lujo exquisito y derrochador. Un viaje que hizo á Versalles costó 1.200,000 pesetas, y cada una de sus comidas de gran ceremonia importaba 300,000 pesetas.

Por supuesto, los grandes rivalizaban en imitar á su señor, como el mejor medio de hacerse bien quistos. Una fiesta que dió el gran Condé en honor de su monarca en 1671 en Chantilly le costó 1.080,000 pesetas. Seignelaye, el hijo de Colbert, dió al rey una fiesta en sus magníficos jardines de Sceaux que excedió con mucho en lujo á las de Fouquet de triste memoria. Estos pocos ejemplos bastan para comprender que aquellos magnates debían arruinarse en breve tiempo, ya que no tenían como el monarca á su disposicion las arcas del gobierno, ó mejor dicho del país. El gran Condé debía, solo á su sastré, 1.800,000 pesetas de nuestra moneda. Pero los grandes señores se arreglaban como podían, ora fuese no pagando, ora pagando poco ó mal á sus acreedores, ó mendigando un regalo ó una pension del rey, siempre, se entiende á costa de las infelices clases tributarias. También sucedía que estos aristócratas brillantes se valían de truhanerías como cualquier miserable plebeyo. En 1672 Luis XIV tuvo que desterrar de la corte al conde de Sessac porque jugaba con naipes falsos por cuyo medio había ganado 9 millones de pesetas (500,000 escudos de oro). Otro remedio para «abonar las tierras» esterilizadas de estos magnates consistía en casarse con hijas de plebeyos ricos, comerciantes al por mayor, banqueros, arrendadores de contribuciones, etc., que gustosos vaciaban sus arcas para adornar á sus descendientes con apellidos retumbantes y darles el lustre de una jerarquía elevada. Sin embargo, todo esto no

pasaba de simples paliativos, de mera ventaja individual para este ó aquel, pero no cambiaba la situacion general. La nobleza como colectividad se empobrecía, y al fin tenía que llegar el día en que el trono se viera obligado á mantener á su servidumbre, es decir, á la nobleza, á costa del pueblo. En otros términos, debía llegar el día en que la monarquía francesa fuera simplemente una institucion explotadora en grande escala de la nacion en favor de un cuerpo de cortesanos estrechamente unidos entre sí.

El lujo desenfrenado favoreció en extremo la completa disolucion de costumbres, que tanto más rápidamente se comunicaba desde la corte á las demás clases de la sociedad, cuanto más se había acostumbrado al país á no ver más que un solo punto luminoso, el trono. Todas aquellas rutilantes fiestas tenían siempre por base y por principal atractivo el culto de las mujeres hermosas, del amor y de sus placeres, ó como se decía de sus «dulces deleites.» Habíanse subvertido completamente las ideas de la moral; solo la galantería era digna y decorosa, y la pureza de costumbre se tenía por «salvajismo» y «cosa de aldeanos». Mostrar virtud, querer desempeñar el papel de Catón severo era considerado como una especie de oposicion al rey, que ya en el año 1664 se divertía en las cacerías de Fontainebleau con su querida en presencia de su madre y de su joven esposa sin reserva ninguna. No es, pues, extraño que todos se precipitaran con siempre creciente avidez en los vicios, tanto los hombres como las mujeres. La misma cuñada de Luis XIV, Enriqueta de Orleans, hija del infortunado rey Carlos I de Inglaterra, dió el ejemplo del ningun respeto á los lazos matrimoniales, y entre otros se dice también que en favor del rey. En 1671, el gran Condé, que por cierto no era modelo de esposos, tuvo que encerrar á su mujer por toda su vida en la cárcel para cortar el extraordinario escándalo que daba con su relajada conducta. Dos sobrinas del cardenal Mazarino, esposa la una de Carlos de la Meilleraye, y la otra del condestable Colonna, abandonaron á sus maridos para llevar una vida relajadísima de aventuras. Luis XIV no encontró nada indigno en enviar á su colega de Inglaterra una ramera diestra y bella con encargo de mantenerle adicto á la alianza francesa, y el gran rey recibió regalos y cartas de aquella mujer á la cual el monarca inglés dió el título de duquesa de Portsmouth. En la corte francesa, no solamente todos se humillaban delante de una Montespan, la querida oficial del rey, sino delante de una señora Dufresnoy, hija de un boticario y esposa de un empleado inferior, porque Louvois se dignaba requebrarla. Los más grandes señores y las primeras damas de la corte no se sonrojaban de presentar á aquella mujer sus homenajes, á fin de ponerse en buen lugar con el ministro, y ella al mismo tiempo tenía el descaro de mezclarse en la política y en las cosas del gobierno. ¿Qué no se haría por consiguiente con la Montespan? Poder tener una hora de conversacion íntima con ella era un honor supremo; Racine celebraba su hermosura, su ingenio, y el de sus hijos, los bastardos del rey; y Boileau, severo solo con poetas míseros, enaltecía el fuego de sus ojos. Con estos ejemplos no puede ya vituperarse tanto al relajado La Fontaine si colmaba á esta mujer de alabanzas, si le dedicaba el libro segundo de sus fábulas y si ensalzaba á Olimpia (bajo este nombre la canta) sobre todo cuanto hay de admirable en la naturaleza. Peor que todo esto, peor que el incienso que los poetas asalariados, por famosos que fuesen, quemaban á los pies de aquella querida del rey, fué para la moral, las buenas costumbres y la virtud, que este obligara como obligó á su propia é infeliz esposa la reina á visitar y saludar á los hijos de su rival.

Durante algunos meses en el año 1679 tuvo la Montespan

(1) Terminaron en el reinado de Luis XIV. (N. del T.)

una rival mas jóven que ella, María Angélica de Fontanges, dama de honor de la reina. Por un momento temió la Montespan que la de Fontanges la desbancase, porque tan completamente dominó al rey, que este nada le negaba, pero sus atractivos eran solamente físicos; tenía diez y ocho años y segun los contemporáneos era «bella como un ángel desde los piés á la cabeza, pero tonta como un harnero.» «Cayó sobre esta criatura una lluvia de oro de manos de su real amante, tan espesa y tan continua que la corte la comparó con Dánae. Cediendo á sus instancias infantiles el monarca consintió en tenerla á su lado en las recepciones solemnes y en que no saludara á nadie, ni á la misma reina. Esta gloria duró sin embargo poco; cayó gravemente enferma de un parto desgraciado, y su amante egoísta la dejó, y la encerró luego en un convento, donde la enfermedad y el pesar acabaron con su vida en el verano del año 1681.

Estos ejemplos daba el rey «Sol» desde la altura del trono á sus pueblos sumisos y obedientes. Sus poetas no se cansaban de cantar las heroicidades de su rey «tan irresistible en el amor como en la guerra;» pero la historia hace tiempo que ha pronunciado un juicio mas severo sobre aquel egoísta coronado, para el cual no existía en toda la tierra mas que su persona y su capricho.

No es extraño que en tales circunstancias la relajacion se hiciera general y que llegara en el pueblo á sus últimos límites. Los príncipes de Conti con algunos compañeros, entre ellos eclesiásticos de elevada jerarquía, celebraban orgías poco menos que públicas y conocidas por «las cábalas del Templo.» El palacio del duque de Orleans, aun despues de sus segundas nupcias con la princesa Isabel Carlota del Palatinado, era poco menos que un burdel. Jóvenes de las familias mas distinguidas abandonaban la casa paterna para correr por el país con sus amantes; mujeres cansadas de sus maridos encontraban motivos para hacer declarar su casamiento nulo y declaraban ilegítimos los hijos que habían tenido.

Tan completa desmoralizacion llevó en pos de sí su séquito de crímenes, mas atroces todavía, pero consecuencia de ella, como los célebres «polvos de sucesion» de la marquesa de Brinvilliers (1), de los cuales se empezó á hablar en 1672. Esta mujer, hija de una familia honrada, pero desde muy niña entregada al vicio, tenía relaciones amorosas con un tal Sainte-Croix, al cual los padres de la muchacha hicieron encerrar por algun tiempo en la Bastilla. Allí hizo conocimiento con un italiano, un tal Exili, que le enseñó á preparar venenos que mataban sin dejar rastro alguno. Libre ya, comunicó su nueva habilidad á su amante, que ya por venganza, ya por obtener la herencia, envenenó en seguida á su padre y hermanitos. Quiso envenenar tambien á su esposo legítimo para deshacerse de él y casarse con Sainte-Croix; pero este que se estremecia ante la idea de ser esposo de semejante furia del infierno, dió al marido un contraveneno y le salvó.

Seis años ejerció la terrible homicida sus alevosas prácticas, hasta que una casualidad rasgó el velo de tantos crímenes: tal fué la muerte repentina de Sainte-Croix, acacidada al confeccionar sus venenos mortales, que debían hacerse con la cara tapada con una careta de vidrio. Esta última se quebró en medio de la operacion y el preparador murió en el acto. Hallóse entre sus efectos una arquilla que contenía, además de un repuesto de venenos fortísimos, las cartas de la marquesa de Brinvilliers. Ésta, astuta y resuelta, supo ponerse á salvo á última hora; mas por medio de una fina estratagemá logró la policía atraerla otra vez al territorio francés y enton-

(1) Véase BLANPAIN, *La marquise de Brinvilliers*, París 1871.

ces se apoderó de ella la justicia (2). La causa que se le formó fué ruidosísima por las muchas personas que resultaron en ella comprometidas, como un tal Penautier, arrendador general de contribuciones; pero el público creyó que personas mucho mas elevadas debían de ser acusadas como cómplices. En todas las defunciones y herencias se creían ver los efectos de los polvos de sucesion. En julio de 1676 fué decapitada la Brinvilliers en el patíbulo.

Las sospechas del público no debían de andar muy erradas, pues no habían pasado muchos años cuando una nueva causa criminal por envenenamiento eclipsó completamente el asunto de la Brinvilliers. Era en 1679. Vivía en París una mujer llamada Monvoisin, conocida vulgarmente por la Voisin, que echaba las cartas, y como anexas al oficio se ocupaba en diferentes artimañas relacionadas con él, como la preparacion de filtros, el descubrimiento de ladrones y de tesoros ocultos, remedios para conservar ó recuperar la juventud, y otros peores para ciertos perances desagradables á que están expuestas las mujeres enamoradas y poco rígidas. El lujo que gastaba esta mujer y en general los grandes recursos pecuniarios de que disponía, despertaron las sospechas de la policía, que la puso presa; y como desde el primer instante se sospechó que estuviera de por medio el crimen del veneno, nombró el rey un tribunal especial para estos casos, que como solo funcionaba á la luz de antorchas, recibió el nombre terrorífico de «cámara ardiente.» Declaró la mujer muchísimo mas de lo que se había esperado y querido, comprometiéndola á las personas elevadas de la corte, y hubo que decretar la prision, entre otras, de la condesa de Soissons, la princesa de Tingry, las duquesas de Bouillon y de Foix y muchas otras señoras de la alta aristocracia y del foro. Entre los hombres se prendió al duque de Luxemburgo que estuvo catorce meses por esta causa en la Bastilla, etc. Allí se descubrieron envenenamientos del padre, del esposo y de los hijos, que con la confeccion de filtros formaban los puntos principales de la acusacion, de la cual solo algunos contados individuos lograron justificarse. La condesa de Soissons, aquella Olimpia Mancini, se escapó á Bélgica no se sabe si por ser culpable ó solo porque sabia que el amor del amante de su juventud, el rey, se había trasformado en odio invencible. Varias damas y sus amantes fueron condenados á grandes multas ó desterrados, y la Voisin con sus auxiliares fueron enredados y despues quemados.

Tal era el jestado moral de aquella caterva de radiantes cortesanos que se inclinaban delante del rey Sol en Versalles y Marly. Por lo demás, esta misma gente no faltaba á ninguna funcion de iglesia.

Entre tantos seres serviles, ninguno sabia halagar mejor la vanidad del rey que el duque de La Feuillade, que había erigido en su palacio una estatua dorada del rey, delante de la cual celebraba de noche con su familia y criados y á la luz de antorchas una especie de culto idólatra. De aquí se puede inferir hasta dónde llegaba la soberbia de Luis XIV, cuando semejantes adulaciones groseras admitía. Claro es que este La Feuillade no se limitaba á su culto nocturno, sino que lo daba al rey en todas partes del modo mas empalagoso; y lo que le aseguró el favor muy especial de su

(2) Llamábase de soltera María Margarita Aubray; su esposo el marqués de Brinvilliers era coronel del regimiento de Tracy. Su padre servía de teniente civil, y su amante de oficial en el mismo regimiento de su marido. Era mujer muy devota como su época, y el agente de policía vestido de cura la descubrió en un convento de monjas y haciéndola el amor, logró que acudiera á una cita fuera del convento donde en seguida fué rodeada por los arqueros del rey. Le cortaron la cabeza, y luego fué quemado el cadáver en el mismo patíbulo.

(N. del T.)

soberano, fué que cada día le enteraba de todos los chismes y escándalos de la corte y de la ciudad. Estas habilidades le valieron el baston de mariscal de Francia, el mando superior de la guardia real francesa de infantería, y la lugartenencia del Delfinado.

Al fin sucedió á Luis XIV lo mismo que á los emperadores romanos, es decir, que no supo ni pudo librarse del efecto deletéreo del absolutismo omnipotente y cesáreo. Sus facultades y su energía se debilitaron, y en contra de sus principios acabó por caer en manos de favoritos, entre los cuales, además del citado duque de La Feuillade, figuraron muy en particular el duque de La Rochefoucault, el de Noailles y el conde de Armagnac, personas de inteligencia menos que mediana. Afortunadamente entonces no se extendía su influencia mas allá de las cuestiones de personas; pero cuanto mas condescendiente y cariñoso era el monarca para con estos favoritos insignificantes, tanto mas duro y tiránico se mostraba con sus ministros, que tan innumerables méritos tenían adquiridos. Este, como ya hemos dicho, era el sistema personal de Luis XIV; y él mismo lo expresa con inmejorable claridad é ingenuidad en su diario, dictado y corregido por él mismo en 1666 y 1667 (1). Allí dice que:

«La vida y todo cuanto poseen los súbditos pertenece incondicionalmente al rey. Los consejeros de la corona son funcionarios subalternos como lo son los oficiales del ejército respecto de su general.» Ocioso es decir que con semejantes pretensiones, toda idea útil, todo proyecto digno de fama era obra del monarca y no de sus ministros. Estas memorias solo mencionan á Lyonne de paso con ocasion de algun detalle diplomático; de Colbert apenas se acuerdan. Solo y exclusivamente figura Luis XIV como autor de la gloria, grandeza y poderío del país. Como no era prudente que se acordase nadie de los auxiliares del monarca, tampoco debía hacerse mencion del fundador de la grandeza nacional ni

(1) CARLOS DREYSS, *Mémoires de Louis XIV pour l'instruction du Dauphin*; París 1860, 2 tomos. Esta es la primera obra, en la cual se precisa el carácter de las llamadas memorias de Luis XIV; se presentan bien ordenados los diferentes textos con las notas necesarias. El impulso para estas memorias y su primer gérmen nacieron de una memoria de Colbert sobre la Hacienda francesa, que era una apología de las reformas que en este ramo se emprendieron al principio del gobierno del rey. Esta memoria trata del periodo de 1660 hasta 1665; y á ella añadió Luis XIV los sucesos mas notables en hojas sueltas de las cuales existen las que se refieren á los años 1666, 1667, 1670 y 1671. Con estas hojas pensaba hacer componer sus memorias. Principió efectivamente á dictar por las hojas de los primeros dos años un diario que se ha conservado y está redactado en estilo muy breve, pero que caracteriza muy bien á Luis XIV. Le escribió en su mayor parte Perigny, el primer ayo del Delfín y lector del rey. Ocurrióle la idea de hacer servir el diario del rey para la enseñanza del Delfín, y con este propósito redactó las memorias referentes á los años 1666 y 1667, que fueron revisadas y anotadas por el mismo Luis XIV. Perigny murió en 1670. Posteriormente túvose la idea de escribir la historia del gobierno de Luis XIV hasta el día en que se pudiese, tambien para uso del príncipe heredero, y se redactaron las memorias desde el año 1661, valiéndose de periódicos y recuerdos personales, y de esta obra se ha conservado la parte correspondiente al año 1661 y un fragmento del siguiente; mas estas memorias son en su mayor parte insustanciales y enfáticas. Pellisson que había empezado á escribir una historia de Luis XIV, repasó otra vez y en presencia del rey los años primeros. Para los siguientes, es decir, los posteriores al de 1671, tenía reunido el rey mucho material, pero sin intencion de hacerlo servir para instruccion del Delfín.

Las notas y correcciones añadidas por el rey á las memorias consisten principalmente en palabras altisonantes y frases fanfarronas; por lo demás se advierte en todas estas memorias una gran pobreza de ideas, unida á una extraordinaria exuberancia de adornos.—Los demás materiales preparados por Luis XIV deben buscarse en la edicion muy incompleta de las *Œuvres de Louis XIV*, París 1806, 6 tomos, arreglada por GROUVILLE, pero son de poquísimo valor. Refiérense en su mayor parte á cosas del ramo militar, y por lo confusos é incompletos que son, evidencian lo poco que entendía de esto el rey Luis XIV. Mas importantes son las cartas de este rey que se encuentran en la misma edicion.

de su hábil sucesor: de Richelieu y Mazarino no se habla, como si estos hombres no hubiesen existido; porque solo con Luis XIV empezaba la historia de Francia.

El que tuvo mas de sentir la insolente ingratitud del rey fué Colbert, que desde mucho tiempo había excitado contra sí la cólera del monarca por sus molestas reflexiones y sus consejos de hacer economías y reducir las diversiones irracionales, los viajes, construcciones de palacios y jardines, etc. Louvois ayudó con todas sus fuerzas á hacer sospechoso y fastidioso á su rival, y lo logró. Un día dijo Luis XIV á Colbert: «Apenas indico las cosas á Louvois cuando ya están hechas, pero á vos os he de instar y mas que esto os he de rogar si quiero que se haga algo.» Como la salud de Colbert estaba ya minada por un trabajo constante, duro, jamás interrumpido y desempeñado con verdadera pasión, acabó por faltarle del todo cuando vió que había caído en desgracia. Despues cuando el rey volvió á herirle en el punto mas sensible, haciéndole reconvencciones amargas sobre los inmensos gastos que causaban las obras y trabajos cuya administracion corria á su cargo, Colbert no pudo resistir á tan cruelísimo golpe y no se levantó mas. En su lecho de muerte no quiso recibir una carta que el rey le enviaba diciendo: «Ahora no tengo tiempo de responder á eso; solo tengo que pensar cómo responderé al Rey de los reyes.» Murió el 6 de setiembre de 1683, cuando apenas había cumplido 64 años, y tan grande era el odio que le tenía la nacion por los inaguantables tributos que le había impuesto, que en el entierro fué menester proteger contra el furor popular sus restos mortales con un considerable número de tropas. La multitud no pudiendo vengarse materialmente, se desahogó en innumerables sátiras é improperios en verso y en prosa, mientras que el rey, por el cual el difunto había cargado con la maldicion de sus conciudadanos, ni siquiera le visitó en su última enfermedad.

Muerto Colbert, quedó Louvois el único dueño de la situacion. Fuera de los méritos positivos é inapreciables que tenía adquiridos con la organizacion y desarrollo del ejército francés, le recomendaban á la benevolencia régia otras circunstancias; primero porque Luis XIV le miraba como obra suya y se alababa de haber formado él solo á este gran estadista, y en segundo lugar porque sabia Louvois tan bien adaptarse á los deseos mas secretos y tendencias de su amo, que todos los proyectos é ideas suyas acertaban siempre á halagar la ambicion y vanidad sin límites de Luis XIV y esto de un modo tan sutil y tan sin pretensiones, que el rey creía ser él el autor de todo, mientras Louvois en realidad era mas que nunca el director de la política exterior é interior, aunque en apariencia sabia hacer perfectamente el papel de simple criado obediente y admirador de su amo. Con este sacrificio podia tratar con brutal tiranía á los cortesanos, burlarse de ellos, despreciar y desafiar su envidia, su ira y malevolencia. Nada denunciaba en el exterior de Louvois la eminencia del genio; su fisonomía era grosera, su color moreno plomizo, la estatura pequeña, su corpulencia deforme y sus movimientos por la misma razon lentos; solo su mirada extraordinariamente chispeante hacia sospechar la sutileza de su espíritu vivo y penetrante. Su modo de hablar era abrupto, fragmentario, á empujones; sus modales rudos y repulsivos, y finalmente su instruccion y educacion defectuosísimas; pero este individuo de movimientos toscos y pesados y completamente antipático, tenía una comprension y sagacidad infalibles y una penetracion clarísima; era incansable, sereno y segurísimo en su trabajo y en sus disposiciones en medio de la mas intrincada superabundancia de detalles que amenazaban asfixiarle. De resoluciones rápidas sin dejar de ser metódico y lógico en la realizacion de sus planes, sabia elegir sus ins-